



¡Zas!

Terry Pratchett

Avance editorial

Fecha de publicación:
1 de julio de 2011

Zas...

Ese fue el sonido que emitió el pesado garrote al entrar en contacto con la cabeza. El cuerpo dio una sacudida y volvió a desplomarse.

Y así se hizo, ni visto, ni oído: el final perfecto, una solución perfecta, una historia perfecta.

Pero, como dicen los enanos, allí donde hay problemas siempre encontrarás un troll.

El troll vio.



Empezó como un día perfecto. No tardaría nada en volverse imperfecto, él lo sabía, pero durante unos pocos minutos era posible fingir lo contrario.

Sam Vimes se afeitaba a sí mismo. Era su acto cotidiano de desafío, una confirmación de que era... en fin, el mismo Sam Vimes de siempre.

Era cierto que se afeitaba a sí mismo en una mansión y que, mientras lo hacía, su mayordomo le leía pasajes del *Times*, pero eso eran solo... circunstancias. Seguía siendo Sam Vimes quien le devolvía la mirada desde el espejo. Mal asunto si algún día veía allí al duque de Ankh. «Duque» era tan solo un trabajo, nada más.

—La mayor parte de las noticias trata del actual... problema

enano, señor —dijo Willikins mientras Vimes lidiaba con la peliaguda zona de debajo de la nariz.

Todavía usaba la navaja de afeitar de su abuelo. Otra cosa más que lo anclaba a la realidad. Además, el acero era mucho mejor que el que vendían ahora en las tiendas. Sybil, que tenía un entusiasmo inusual por los artilugios modernos, no paraba de sugerirle que se comprara una de esas nuevas afeitadoras, con un pequeño diablillo mágico dentro provisto de sus propias tijeras que pelaba las barbas en un periquete, pero Vimes se había mantenido firme. Si alguien iba a usar algo afilado cerca de su cara, sería él mismo.

—El valle del Koom, el valle del Koom —le murmuró a su reflejo—. ¿Algo nuevo?

—Nuevo, lo que se dice nuevo, no, señor —dijo Willikins, volviendo a la primera página—. Hay un artículo sobre ese discurso del grag Chafajamones. Dice que luego se produjeron alteraciones del orden público. Varios enanos y trolls resultaron heridos. Destacados miembros de ambas comunidades han hecho un llamamiento a la calma.

Vimes sacudió algo de espuma de la hoja.

—¡Ja! Seguro que sí. Dime, Willikins, ¿de crío te metiste en muchas peleas? ¿Estuviste en una pandilla o algo así?

—Tuve el privilegio de pertenecer a los Rudos de la calle de la Pierna de Pega, señor —respondió el mayordomo.

—¿De verdad? —preguntó Vimes, realmente impresionado—. Eran unos elementos de cuidado, si mal no recuerdo.

—Gracias, señor —dijo Willikins sin alterarse—. Me enorgullece recordar que solía dar bastante más de lo que recibía cuando era preciso dirimir el controvertido asunto de los conflictos territoriales con los jóvenes de la calle de la Soga. Creo recordar que los garfios de estibador eran su arma predilecta.

—¿Y la vuestra...? —preguntó Vimes, muerto de curiosidad.

—Un ala de sombrero con peniques afilados cosidos, señor. Una ayuda indefectible en los momentos difíciles.

—¡Por los dioses, Willikins! Con algo así podías sacarle un ojo a alguien.

—Con el debido cuidado, señor, sí —corroboró Willikins, mientras doblaba una toalla con meticulosidad.

Y aquí estás ahora, con tus pantalones de raya y tu chaqueta de mayordomo, lustroso de limpio y de gordo, pensó Vimes, mientras se pasaba la navaja por debajo de las orejas. Y yo soy duque. Las vueltas que da la vida.

—¿Y has oído decir a alguien alguna vez «tengamos una alteración del orden público»? —preguntó.

—Nunca, señor —respondió Willikins, que volvió a coger el diario.

—Yo tampoco. Solo ocurre en los periódicos. —Vimes echó un vistazo al vendaje de su brazo. A él le había alterado bastante, eso sí—. ¿Mencionan que me ocupé personalmente?

—No, señor. Pero sí pone que los aguerridos esfuerzos de la Guardia mantuvieron separadas a las facciones rivales en la calle, señor.

—¿De verdad han usado la palabra «aguerridos»? —preguntó Vimes.

—Sí que lo han hecho, señor.

—Bueno, vale —se conformó Vimes con tono gruñón—. ¿Recogen que dos agentes acabaron en el Hospital Gratuito, uno de ellos herido de bastante gravedad?

—Incomprensiblemente no, señor —contestó el mayordomo.

—Ya. Típico. En fin... sigue.

Willikins carraspeó un carraspeo de mayordomo.

—Tal vez prefiera apartar la navaja antes de lo siguiente, señor. El corte de la última semana me ocasionó problemas con la señora.

Vimes vio suspirar a su reflejo y bajó la cuchilla.

—De acuerdo, Willikins. Cuéntame lo peor.

A sus espaldas se oyó un crujido de papel doblado con profesionalidad.

—El titular de la página tres es: «¿Un agente vampiro para la Guardia?», señor —leyó el mayordomo, y dio un cauteloso paso atrás.

—¡Maldición! ¿Quién se lo ha contado?

—En verdad no le sabría decir, señor. Pone que usted no está a favor de la incorporación de vampiros a la Guardia pero que hoy entrevistará a un recluta. Dicen que existe una acalorada polémica sobre el particular.

—Pasa a la página ocho, haz el favor —dijo Vimes. Tras él, volvió a oírse el crujido del papel—. ¿Y bien? Ahí es donde suelen poner su estúpida viñeta política, ¿no?

—Ha soltado la navaja, ¿verdad, señor? —insistió Willikins.

—¡Sí!

—Quizá tampoco sería mala idea que se alejase de la palan-gana, señor.

—Hay una que trata de mí, ¿no es así? —preguntó Vimes con tono ominoso.

—Ciertamente la hay, señor. En ella aparece un pequeño vampiro nervioso y, si me permite decirlo, un dibujo bastante agigantado de usted, inclinándose sobre su escritorio con una estaca de madera en la mano derecha. El pie dice: «¿Listo para el ingreso en el cuerpo?», señor, lo cual es un juego de palabras humorístico que hace referencia, por un lado, al cuerpo de policía...

—Sí, creo que lo capto —dijo Vimes, cansino—. ¿Hay alguna posibilidad de que hagas una escapadita y compres el original antes de que Sybil se te adelante? ¡Cada vez que salgo en una caricatura se hace con ella y la cuelga en la biblioteca!

—Es cierto que el señor, hum, Fizz consigue un parecido bastante logrado, señor —reconoció el mayordomo—. Y lamento decir que la señora ya me ha dado instrucciones de que vaya a la redacción del *Times* de parte de *ella*.

Vimes gimió.

—Es más, señor —prosiguió Willikins—, la señora deseaba que le recordase que ella y el joven Sam se encontrarán con usted en el estudio de sir Joshua a las once en punto, señor. El cuadro está en una fase importante, según tengo entendido.

—Pero yo...

—Ha sido muy explícita al respecto, señor. Dice que si un

comandante de policía no puede tomarse un rato libre, ¿quién puede?



Tal día como hoy en 1802, el pintor Methodia Tunante se despertó por la noche porque de un cajón de su mesilla de noche surgían los sonidos de la guerra.

Otra vez.



Una lucecita iluminaba el sótano, lo que viene a decir que prestaba diferentes texturas a la oscuridad y distinguía la sombra de la sombra más profunda.

Las figuras apenas se intuían. Resultaba del todo imposible, con unos ojos normales, discernir quién hablaba.

—No quiero que nadie comente esto, ¿entendido?

—¿Que no lo comentemos? ¡Está *muerto*!

—¡Esto es asunto de los enanos! ¡No debe llegar a oídos de la Guardia de la Ciudad! ¡Aquí no pintan nada! ¿Acaso alguien de nosotros los quiere por aquí abajo?

—Bueno, tienen agentes enanos...

—Ja. *D'rkza*. Demasiado tiempo al sol. Ahora son solo humanos bajitos. ¿Piensan como enanos? Y Vimes escarbará y escarbará y nos vendrá con monsergas sobre esos papeluchos que ellos llaman leyes. ¿Por qué íbamos a permitir semejante intrusión? Además, aquí no hay ningún misterio. Solo puede haber sido un troll, ¿no estáis de acuerdo? Que si estamos de acuerdo, he dicho.

—Eso es lo que ha pasado —dijo una figura. La voz era débil, vieja y, en realidad, dubitativa.

—Cierto, ha sido un troll —confirmó otra voz, casi gemela de la anterior, pero con algo más de confianza.

La pausa siguiente quedó subrayada por el omnipresente sonido de bombeo.

—Solo puede haber sido un troll —sentenció la primera voz—. ¿Y acaso no se dice que detrás de cada crimen encontrarás al troll?



Había una pequeña muchedumbre delante de la Casa de la Guardia de Pseudópolis Yard cuando el comandante Sam Vimes llegó al trabajo. Hasta entonces había sido una bonita y soleada mañana de verano. Seguía siendo soleada, pero ya no tenía nada de bonita.

La muchedumbre llevaba pancartas. «¡¡Fuera chupasangres!!», leyó Vimes, y «¡No a los colmillos!». Los rostros se volvieron hacia él con un aire de desafío enfurruñado y algo temeroso.

Masculló una palabrota en voz baja, pero no inaudible.

Otto Alarido, el iconografista del *Times*, andaba por allí cerca, con una sombrilla en la mano y expresión abatida. Captó la atención de Vimes y se acercó a él con paso trabajoso.

—¿Qué haces tú aquí, Otto? —preguntó Vimes—. Has venido a sacar imágenes de un disturbio de los buenos, ¿eh?

—Es noticia, comandante —dijo Otto, bajando la vista a sus muy relucientes zapatos.

—¿Quién te dio el chivatazo?

—Yo solo saco las iconografías, comandante —respondió Otto, que alzó la mirada con expresión dolida—. Además, no podría decírselo aunque lo supiese, por la Libertad de Prensa.

—¿Libertad para echar aceite a una llama, quieres decir? —inquirió Vimes.

—Es lo que tiene la libertad —dijo Otto—. Nadie dijo que fuese agrgradable.

—Pero... ¡a ver, si tú también eres un vampiro! —exclamó

Vimes, señalando a los manifestantes con una mano—. ¿Es que te gusta lo que se está cociendo?

—No deja de serr noticia, comandante —dijo Otto con docilidad.

Con cara de pocos amigos, Vimes volvió a mirar a la multitud. Eran sobre todo humanos. Había un troll, sí, aunque era probable que se hubiese apuntado por principios generales, solo porque estaba sucediendo algo. Un vampiro necesitaría un tala-dro de mampostería y mucha paciencia antes de poder buscarle las cosquillas a un troll. Con todo, aquello tenía su lado bueno, si podía llamarse así: aquel pequeño espectáculo desviaba la atención popular del valle del Koom.

—Es curioso que *tú* no parezcas molestarles, Otto —dijo, calmándose un poco.

—Bueno, yo no trrabajo para il gobierrno —contestó Otto—. No tengo espada y placa. Yo no amenazo. Yo me parрто solo los colmillos trrabajando. Y les hago reír.

Vimes lo miró fijamente. Nunca lo había pensado, pero sí... El pequeño y nervioso Otto, con su operística capa negra de forro rojo, llena de bolsillos para todos sus pertrechos, con sus zapatos negros relucientes, su impecable peinado con flequillo en pico y, no había que olvidarlo, su ridículo acento que empeoraba o desaparecía según con quién hablase, no resultaba amenazante en absoluto. Parecía cómico, un chiste, un vampiro de opereta. A Vimes nunca se le había ocurrido antes que quizá, solo quizá, los burlados eran los otros. Hazles reír y no tendrán miedo.

Se despidió de Otto con un gesto de la cabeza y pasó adentro, donde la sargento Jovial Culopequeño estaba de pie —sobre una caja— tras el mostrador, demasiado alto, del agente de guardia, con sus flamantes galones relucientes en la manga. Vimes tomó nota mental de hacer algo a propósito de la caja. Varios de los guardias enanos empezaban a tomarse a mal tener que usarla.

—Creo que no sería mala idea apostar a un par de los muchachos fuera, Jovial —dijo—. Nada provocador, solo un pequeño recordatorio a la gente de que somos nosotros quienes mantene-mos la paz.

—No creo que nos haga falta, señor Vimes —dijo la enana.

—No me apetece ver en el *Times* una imagen de la primera recluta vampira de la Guardia asediada por unos manifestantes, cab... sargento —replicó Vimes con severidad.

—Ya me parecía que no, señor —dijo Jovial—. De manera que he pedido a la sargento Angua que fuese a buscarla. Han entrado por la puerta de atrás hace media hora. Le está enseñando el edificio. Creo que andan por abajo, donde las taquillas.

—¿Le has pedido a *Angua* que la fuese a buscar? —preguntó Vimes, desolado.

—Sí señor —confirmó Jovial con repentina preocupación—. Esto... ¿hay algún problema?

Vimes la miró. Es una buena oficial de turno, pensó. Ojalá tuviese dos más como ella. Y se merecía el ascenso, bien lo sabe el cielo, *pero*, se recordó a sí mismo, es de Uberwald, ¿no? Debería haber tenido en cuenta el... asuntillo entre ellos y los hombres lobo. A lo mejor es culpa mía. Soy yo quien les dice que un poli es un poli y punto.

—¿Qué? Ah, no —dijo—. Probablemente no.

Una vampira y una mujer lobo en una habitación, pensó, mientras subía la escalera hacia su despacho. Bueno, tendrán que arreglárselas. Y ese es solo el primero de nuestros problemas.

—Y he acompañado al señor Pésimo a la sala de interrogatorios —añadió Jovial a voces desde abajo.

Vimes se detuvo a mitad de la escalera.

—¿Pésimo? —preguntó.

—El inspector del Gobierno, señor —aclaró Jovial—. El que me dijo usted que vendría, ¿recuerda?

Ah, sí, pensó Vimes. El *segundo* de nuestros problemas.



Era política. Vimes nunca le había pillado el tranquillo a la política, que estaba plagada de trampas para los hombres honestos.

Aquella trampa en concreto había saltado la semana anterior, en el despacho de lord Vetinari, en la reunión ordinaria de todos los días...

—Ah, Vimes —dijo su señoría al verlo entrar—. Qué detalle que haya venido. ¿Verdad que es un día precioso?

Hasta ahora, pensó Vimes al avistar a los otros dos ocupantes de la habitación.

—¿Quería verme, señor? —dijo, volviéndose de nuevo hacia Vetinari—. Hay una manifestación de la Liga Antidifamación del Silicio en la calle del Agua y tengo un atasco que llega hasta la Menospuerta...

—Estoy seguro de que puede esperar, comandante.

—Sí, señor. Ese es el problema, señor. Eso es lo que está haciendo.

Vetinari respondió con un gesto lánguido con la mano.

—De todas formas, ver carros llenos embotellando las calles, Vimes, es una señal de progreso —declaró.

—Solo en el sentido figurado, señor —dijo Vimes.

—Bueno, en cualquier caso estoy seguro de que sus hombres pueden ocuparse del asunto —zanjó Vetinari, señalando con la cabeza una silla vacía—. Con todos los que tiene hoy en día; menudo gasto. Siéntese, comandante. ¿Conoce al señor John Smith?

El otro hombre de la mesa se sacó la pipa de la boca y dedicó a Vimes una sonrisa de desquiciada afabilidad.

—Creo que nunca nos habíamos vvisto —dijo mientras tendía una mano. No debería ser posible doblar las uves, pero John Smith lo conseguía.

¿Dar la mano a un vampiro? Ni de coña, pensó Vimes, ni aunque lleve un jersey mal tejido a mano. En lugar de eso hizo un saludo militar.

—Encantado de conocerle, señor —dijo con brío, en posición de firmes.

Aquel jersey era en verdad una prenda espantosa. Tenía un dibujo en zigzag que mareaba, de muchos colores extraños y desafortunados. Parecía algo tejido como regalo por una tía dal-

tónica, el tipo de estorbo que uno no se atreve a tirar por si los basureros se ríen de él y le empiezan a volcar los cubos.

—Vimes, el señor Smith es... —empezó Vetinari.

—El presidente de la Misión en Ankh-Morpork de la Liga de la Templanza de Uberwald —dijo Vimes—. Y creo que la dama que está a su lado es la señora Doreen Winkings, tesorera de la misma. Esto va de meter a un vampiro en la Guardia, ¿verdad, señor? Otra vez.

—Sí, Vimes, va de eso —respondió Vetinari—. Y sí, va de eso *otra vez*. ¿Nos sentamos o no? ¿Vimes?

No había escapatoria; Vimes lo supo mientras se dejaba caer enfurruñado en una silla. Además esa vez iba a perder. Vetinari lo había acorralado.

Vimes conocía todos los argumentos a favor de la presencia de diferentes especies en la Guardia. Eran buenos argumentos. Algunos de los argumentos en contra eran malos. En la Guardia había trolls, enanos a patadas, una mujer lobo, tres gólems, un Igor y, no había que olvidarlo, el cabo Nobbs,* de modo que ¿por qué no un vampiro? Además, la Liga de la Templanza era una realidad. Los vampiros que llevaban el Crespón Negro de la Liga («¡Ni una gota!») también eran una realidad. Ciertamente que los vampiros que habían jurado dejar la sangre podían volverse un poco estrambóticos, pero eran inteligentes y despiertos y, como tales, un activo potencial para la sociedad. Y la Guardia era el brazo más visible del gobierno de la ciudad. ¿Por qué no dar ejemplo?

Porque, respondió la maltratada pero todavía funcional alma de Vimes, tú odias a los putos vampiros. Déjate de marear la perdiz, de cuentos y de buenas palabras sobre que «la opinión pública no lo consentirá» o «no es el momento apropiado». *Tú* odias a los putos vampiros y es *tu* puta Guardia.

Los otros tres lo miraban.

—Señorr Fimes —dijo la señora Winkings—, no podemos

* Aquello era una pequeña calumnia contra Nobby, Vimes tenía que reconocerlo. Nobby era humano, como muchos otros agentes. Solo que él era el único que debía llevar un certificado para demostrarlo.

efitarr obserrfarr que no ha contrratado a ninguno de nuestros miembros en la Guarrrdia todafía...

Di «todavía», haz el favor, pensó Vimes. Sé que puedes. Deja que la vigésimo segunda letra del alfabeto entre en tu vida. Pídele unas cuantas al señor Smith, que va sobrado. En cualquier caso, tengo un nuevo argumento. Es impepinable.

—Señora Winkings —dijo en voz alta—, ningún vampiro ha solicitado ingresar en la Guardia. Es solo que no están mentalmente preparados para el modo de vida de un poli. Y es «comandante Vimes», gracias.

Los ojillos de la señora Winkings se iluminaron de virtuosa malicia.

—Ajá, ¿está diciendo que los fampirros son... estúpidos? —dijo.

—No, señora Winkings, estoy diciendo que son inteligentes. Y ese es el problema, ahí mismo lo tienen. ¿Por qué iba a querer una persona lista dejarse los coj... el pellejo a diario por treinta y ocho dólares al mes más complementos? Los vampiros tienen clase, educación, un von delante del apellido. Tienen cien cosas mejores que hacer que patear las calles como policías. ¿Qué quieren que haga, obligarlos a ingresar en el cuerpo?

—¿No se los invvvestiría como oficiales? —preguntó John Smith. Tenía la cara sudada, y su sonrisa permanente parecía la de un maniaco. Corría el rumor de que el Compromiso se le estaba haciendo muy cuesta arriba.

—No. Todo el mundo empieza en la calle —respondió Vimes. No era del todo cierto, pero la pregunta le había ofendido—. Y en el turno de noche, además. Es un buen adiestramiento. El mejor que hay. Una semana de noches lluviosas con niebla, agua que se te mete por el cuello y ruidos raros en las sombras... bueno, entonces es cuando descubrimos si tenemos un auténtico poli...

Lo supo nada más decirlo. Había caído de cuatro patas. ¡Debían de haber encontrado un candidato!

—¡Carramba, son buenas noticias! —dijo la señora Winkings, recostándose en la silla.

A Vimes le daban ganas de sacudirla y gritar: «¡No eres una vampira, Doreen! Estás *casada* con uno, cierto, ¡pero para cuando lo convirtieron, resulta inimaginable que hubiese podido querer morderte! ¡Todos los Crespones Negros, los auténticos, intentan ser normales y discretos! Nada de capas con vuelo, nada de chupar sangre y desde luego nada de desgarrar los camiones con aros de las jovencitas! ¡Todo el mundo sabe que John Ni-Un-Pelo-De-Vampiro Smith antes era el conde Vargo Horrilio von Vilinus! ¡Pero ahora fuma en pipa, lleva esos jerséis horrendos, colecciona plátanos y hace maquetas de órganos internos con cerillas porque cree que tener aficiones le hace parecer más humano! Pero ¿tú, Doreen? ¡Tú naciste en la calle Cockbill! ¡Tu madre era lavandera! ¡Nadie te arrancaría jamás el camisón, no sin una grúa! Pero estás tan... tan *metida* en esto. Es un maldito hobby. ¡Intentas parecer más vampira que los propios vampiros! ¡Por cierto, esos dientes puntiagudos falsos se te mueven cuando hablas!».

—¿Vimes?

—¿Hum? —Cayó en la cuenta de que los otros habían seguido hablando.

—El señor Smith tiene una buena noticia —anunció Vetinari.

—Ciertamente —dijo John Smith con una radiante y enloquecida sonrisa—. Tenemos un recluta para usted, comandante. ¡Un wampiro que quiere trabajar en la Guardia!

—Ni que decir tiene, la noche no supondrá ningún problema —añadió Doreen con tono triunfal—. ¡Nosotros somos la noche!

—¿Intentan decirme que debo...? —empezó Vimes.

Vetinari intervino con rapidez.

—No, no, comandante. Todos respetamos plenamente su independencia como máximo responsable de la Guardia. Está claro que debe contratar a quienquiera que le parezca adecuado. Lo único que pido es que se entreviste al candidato, en aras de la justicia.

Ya, claro, pensó Vimes. Y la política con Uberwald se volve-

rá un poquito más fácil, ¿verdad?, si puedes decir que hasta tienes un Crespón Negro en la Guardia. Y si rechazo a este hombre, tendré que explicar por qué. Y «No me gustan los vampiros y punto» probablemente no bastará.

—Por supuesto —dijo—. Mándenmelo.

—Será «mándenmela» —corrigió lord Vetinari. Bajó la vista a sus papeles—. Salacia Deloresista Amanita Trigestatra Zeldana Malifee... —Se detuvo, pasó varias páginas y dijo—: Creo que podemos saltarnos unos cuantos, pero acaban en «von Humpe-ding». Tiene cincuenta y un años, *pero* —añadió con rapidez, antes de que Vimes pudiera aferrarse a aquella revelación— eso no es nada para un vampiro. Ah, y prefiere que la conozcan como Sally a secas.



Avance editorial distribuido en La Concha de Gran A'Tuin con permiso de los editores.

Título original: Thud!

© 2005 Terry y Lyn Pratchett

Publicado por acuerdo con Transworld Publishers,
una división de Random House Group Ltd. Todos
los derechos reservados

© 2011 Random House Mondadori, S.A.

Travessera de Gràcia 47–49. 08021 Barcelona

© 2011 Gabriel Dols Gallardo, por la traducción